

Así dijo, y las riendas revolviendo  
Segunda vez el vado atravesaban,  
De morir ó matarle proponiendo  
Los cansados caballos aguijaban:  
En esto el araucano conociendo  
La cólera y furor con que tornaban,  
Olvidando la maza y presupuesto,  
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena  
Los tres á toda furia le siguieron,  
Aunque en balde tomaron esta pena,  
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:  
Faltos no de intencion, pero de lena,  
De cansados las riendas recogieron,  
Y en un áspero sitio y peligroso  
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada  
Revolviendo á los tres con osadía,  
Y á falta de la maza acostumbrada  
A menudo la honda sacudía:  
De allí con mofa, silbos y pedrada  
Sin poderle ofender los ofendía,  
Por ser aquel lugar despeñadero,  
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

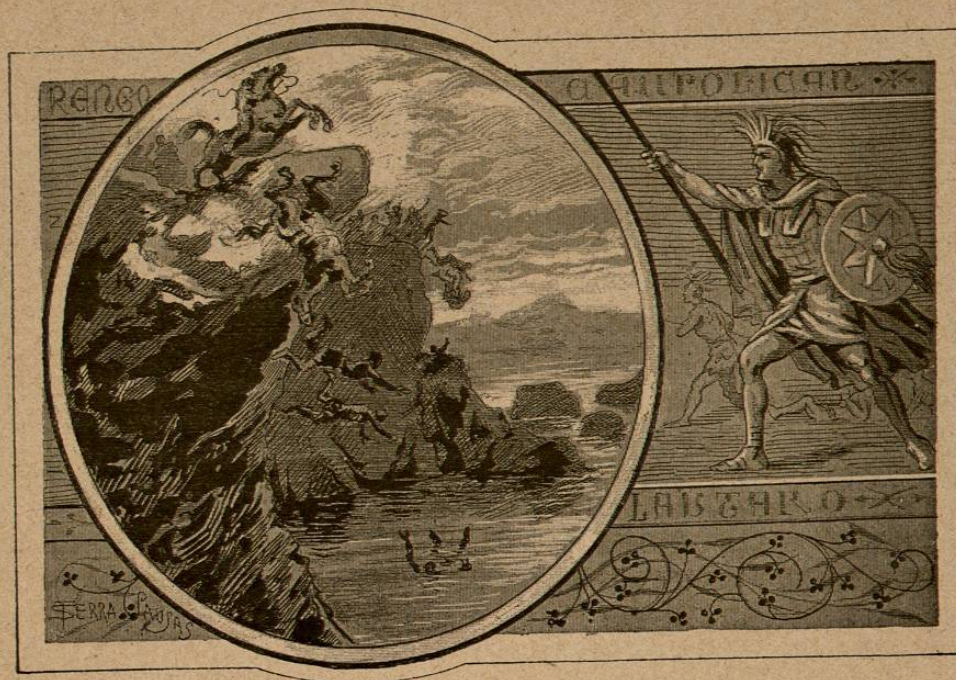
¡Cuán usado es huir los abatidos,  
Y seguir los soberbios levantados  
De la instable fortuna favoritos  
Para solo después ser derribados!  
Al cabo estos favores reducidos  
A su valor son bienes emprestados,  
Que habemos de pagar con siete tanto  
Como claro nos muestra el nuevo canto.



Visto Alvarado serle así escusado  
El fin de lo que tanto deseaba,  
Dejando libre al bárbaro esforzado,  
Que bien de mala gana se quedaba,  
Pasa otra vez el ya seguro vado,  
Y al usado camino enderezaba  
Triste en ver que fortuna por tal modo  
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino  
De seguir el alcance grande rato:  
Iban los españoles sin camino  
Como ovejas que van fuera del hato;  
De no seguirlos mas me determino,  
Que por lo que adelante dellos trato,  
Dejarlos por agora me es forzado  
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,  
Dichosa á la sazón y afortunada,  
Y como se acostumbra desviarme  
De la parte vencida y desdichada;  
Por donde tantos van quiero guiarme  
Siguiendo la carrera tan usada,  
Pues la costumbre y tiempo me convence,  
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.



## CANTO X <sup>(1)</sup>

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la varia diosa favorece,  
Y las dádivas prósperas reparte,  
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,  
Que de triste mujer se vuelve un Marte,  
Y derriba, acobarda y enflaquece  
El esfuerzo viril en la otra parte,  
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,  
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados  
Sobre el mas alto cuerno de la luna,  
De sus famosos hechos rodeados,  
Sin punto y muestra de mudanza alguna!  
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!  
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,  
Seguidos no de Marte, dios sanguino,  
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,  
Pues aquellos que al cielo no temian,  
Las mujeres á quien la rueca es dada  
Con varonil esfuerzo los seguian,  
Y con la diestra á la labor usada  
Las atrevidas lanzas esgrimian,  
Que por el hado próspero impelidas  
Hicían crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron  
En un monte escondidas esperando  
De la batalla el fin, y cuando vieron  
Que iba de rota el castellano bando,  
Hiriendo el cielo á gritos descendieron  
El mujeril temor de sí lanzando,  
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas  
Toman de los ya muertos las espadas.

(1) Esta cabecera pertenece al canto VI, correspondiéndole al X la colocada en el V.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,  
También en la vitoria embebecidas,  
De medrosas y blandas de costumbre  
Se vuelven temerarias homicidas:  
No sienten ni les daba pesadumbre  
Los pechos al correr, ni las crecidas  
Barrigas de ocho meses ocupadas:  
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,  
Y con ruegos al cielo se volvía,  
Porque á tal coyuntura en la carrera  
Mover mas presto el paso no podía.  
Si las mujeres van desta manera,  
¿La bárbara canalla cuál iría?  
De aquí tuvo principio en esta tierra  
Venir también mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,  
Y en el dudoso trance están paradas;  
Pero si los contrarios son vencidos,  
Salen á perseguirlos esforzadas:  
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,  
Y si cortan en ellos sus espadas,  
Haciéndolos morir de mil maneras;  
Que la mujer crüel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron  
Hasta donde el alcance habia cesado,  
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron,  
Ya de los enemigos saqueado:  
Que cuando hacer mas daño no pudieron,  
Subiendo en los caballos que en el prado  
Suelos sin orden y gobierno andaban,  
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huía,  
Y quién tras el que huye va corriendo;  
Quién finge que está muerto y se tendía,  
Quién correr procuraba no pudiendo:  
La alegre gente así se entretenía  
El trabajo importuno despidiendo,  
Hasta que el sol rayaba los collados,  
Que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban  
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;  
Pero algunos por mas que se esforzaban  
La envidia les hacia arrugar la frente:  
Francos los vencedores se mostraban  
Repartiendo la presa entre la gente;  
Que aun en el pecho vil contra natura  
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento  
Quiso Caupolicán que se hiciese,  
Donde del araucano ayuntamiento  
La gente militar sola asistiese;  
Y con alegre muestra y gran contento,  
Sin que la popular se entremetiese,  
En juegos, pruebas, danzas y alegrías  
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,  
Para el valle de Arauco caminaron,  
Do á las usadas fiestas los soldados  
De toda la provincia convocaron:  
Fueron bastantes plazos señalados,  
Joyas de gran valor se pregonaron  
De los que en ellas fuesen vencedores,  
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo  
Mas que los diligentes mensajeros,  
En un término breve apercibiendo  
Naturales, vecinos y extranjeros;  
Gran multitud de gente concurriendo  
Creció el número tanto de guerreros,  
Que ocupaban las tiendas forasteras,  
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno día,  
Que tanta gente estaba deseando,  
Al campo su color restituía  
Las importunas sombras desterrando,  
Cuando la bulliciosa compañía  
De los briosos jóvenes, mostrando  
El juvenil hervor y sangre nueva,  
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido  
El orden de los precios, y el primero  
Era un lustroso alfanje guarnecido  
Por mano artificiosa de platero;  
Este premio fué allí constituido  
Para aquel que con brazo mas entero  
Tirase una fornida y gruesa lanza,  
Sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada  
Cubierta de altas plumas de colores,  
De un cerco de oro puro rodeada,  
Esmaltadas en él varias labores,  
Fué la preciada joya señalada  
Para aquel que entre diestros luchadores  
En la difícil prueba se estremase,  
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrél animoso remendado,  
Que el collar remataba una venera  
De agudas puntas de metal herrado,  
Era el precio de aquel que en la carrera  
De todas armas y presteza armado,  
Arribase mas presto á la bandera  
Que una gran milla lejos tremolaba,  
Y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco hecho por arte  
Con su dorada aljaba, que pendía  
De un ancho y bien labrado talabarte  
Con dos gruesas hebillas de ataujía;  
Este se señaló y se puso aparte  
Para aquel que con flecha á puntería  
Ganando por destreza el precio rico,  
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano  
Tascando el freno estaba de cabestro,  
Precio del que con suelta y presta mano  
Esgrimiese el baston mas como diestro:  
Por juez se señaló á Caupolicano,  
De todos ejercicios gran maestro.  
Ya la trompeta con sonada nueva  
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando  
El joven Orompello, ya en el puesto  
Airosamente el manto derribando,  
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,  
Y en la valiente diestra blandiendo  
Una maciza lanza: luego en esto  
Se ponen asimismo Lepomande,  
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,  
Las lanzas por los fieles igualadas  
A un tiempo las derechas sacudiendo  
Fueron con seis gemidos arrojadas:  
Salen las astas con rumor crujiendo  
De aquella fuerza é ímpetu llevadas;  
Rompen el aire, suben hasta el cielo,  
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,  
Que falta de vigor á tierra vino:  
Tras ella la de Guambo, y la tercera  
De Lepomande, y cuarta la de Crino;  
La quinta de Mareande, y la postrera,  
Haciendo por mas fuerza mas camino,  
La de Orompello fué, mczo pujante,  
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron  
De los que por mas fuertes se estimaban;  
Y aunque con fuerza extrema procuraron  
Sobrepujar el tiro, no llegaban:  
Otros tras estos, y otros seis probaron;  
Mas todos con vergüenza atrás quedaban,  
Y por no detenerme en este cuento,  
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo  
Al tiro de Orompello señalado,  
Hasta que Leucoton, varon membrudo,  
Viendo que ya el probar habia aflojado,  
Dijo en voz alta: «De perder no dudo;  
Mas porque todos ya me habeis mirado,  
Quiero ver deste brazo lo que puede,  
Y á dó llegar mi estrella me concede.»

Esto dicho, la lanza requerida  
En ponerse en el puesto poco tarda,  
Y dando una lijera arremetida  
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:  
La lanza por los aires impelida  
Sale cual gruesa bala de bombardas,  
O cual furioso trueno, que corriendo  
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo  
De la señal y raya delantera,  
Rompiendo el hierro por el duro suelo  
Tiembra por largo espacio la asta fuera;  
Alza la turba un alarido al cielo,  
Y de tropel con súbita carrera  
Muchos á ver el tiro van corriendo,  
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés median,  
Y examinan el peso de la lanza;  
Otros por maravilla encarecian  
Del esforzado brazo la pujanza;  
Otros van por el precio; otros hacian  
Al vencedor cantares de alabanza:  
De Leucoton el nombre levantando  
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,  
Y aquel rumor colérico baraja  
Diciendo: «Aun no he perdido, ni se entiende  
De solo el primer tiro la ventaja.»  
Caupolicán la vara en esto tiende,  
Y á tiempo un encendido fuego ataja,  
Que Tucapel al primo habia acudido,  
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolicán que estaba por juez puesto,  
Mostrándose imparcial discretamente,  
La furia de Orompello aplaca presto  
Con sabrosas palabras blandamente;  
Y así no se altercando mas sobre esto,  
Conforme á la postura justamente  
A Leucoton por mas aventajado  
Le fué ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfia,  
Y Leucoton quedando vitorioso,  
Orompello á una parte se desvia  
Del caso algo corrido y vergonzoso;  
Mas como sabio mozo lo encubria,  
De verse en ocasiones deseoso  
Por do con Leucoton y causa nueva  
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido  
Que desde su niñez fué muy brioso,  
Manso, tratable, fácil, corregido,  
Y en ocasion metido valeroso;  
De muchos en asiento preferido  
Por su esfuerzo y linaje generoso,  
Hijo del venerable Mauropande,  
Primo de Teucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado  
El campo do la prueba se hacia,  
El diestro Cayeguán, mozo esforzado,  
A mantener la lucha se metia:  
No pasó mucho, cuando de otro lado  
Con gran disposicion Torquin salia  
De haber en él pujanza y lijereza,  
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados  
Los dos gallardos bárbaros se mueven:  
Ya los viérades juntos, ya apartados,  
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben;  
Por un lado y por otro recatados  
Se inquietan, cercan, buscan y remueven,  
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,  
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,  
En su fuerza procuran conocerse;  
Pero de ardor colérico encendidos  
Comienzan por el campo á revolverse:  
Cíñense piés con piés, y entretajidos  
Cargan á un lado y otro, sin poderse  
Llevar cuanto una mínima ventaja,  
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso  
Metió la pierna diestra Cayeguano;  
Quiso Torquin ceñirla codicioso  
Cargando con gran fuerza á aquella mano:  
Sácala á tiempo Cayeguán mañoso,  
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,  
Del mismo peso y fuerza que traía  
A los piés enemigos se tendía.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,  
El cual, lanzando fuera los vestidos,  
Descubre la persona corpulenta,  
Brazos robustos, músculos fornidos:  
Mirale la confusa turba atenta,  
Que de cuatro entre todos escogidos  
Este valiente bárbaro era el uno,  
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo  
Se apareja á la lucha y desafío,  
Y al vencedor contrario apercibiendo  
Le va á buscar con animoso brio:  
De la otra parte Cayeguán saliendo  
En medio de aquel campo á su albedrío,  
Vienen los dos gallardos á juntarse,  
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gerte,  
Y anduvo en duda la vitoria incierta;  
Mas luego Rengo dió señal patente  
Con que fué su pujanza descubierta,  
Que entre los duros brazos reciamente  
Al triste Cayeguán la boca abierta  
Sin dejarle alentar le retraía,  
Y acá y allá con él se revolvía.

Alzólo de la tierra, y apretado  
En el aire con gran pieza lo suspende;  
Cayeguán sin color desalentado  
Abre los brazos y las piernas tiende:  
Viéndolo así rendido el esforzado  
Rengo, que á la vitoria solo atiende,  
Dejándole bajar, con poca pena  
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,  
Y á su tienda en los hombros le llevaron;  
Todos la fuerza grande y el partido  
De Rengo en alta voz solemnizaron.  
Pero cesando en esto aquel ruido,  
A sus asientos luego se tornaron,  
Porque vieron que Talco aparejado  
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,  
De recios miembros y feroz semblante,  
Diestro en la lucha y en las armas diestro,  
Lijero y esforzado aunque arrogante;  
Y con todas las partes que aquí muestro,  
Era Rengo mas suelto y mas pujante,  
Usado en los robustos ejercicios,  
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,  
Rengo espaciosamente se movía,  
Fíase mucho el uno en la destreza,  
El otro en su vigor solo se fia:  
En esto, con estraña lijereza,  
Cuando menos cuidado en Talco habia,  
Un gran salto dió Rengo no pensado,  
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso  
Viendo venir lozano al suelto pardo,  
El cuello bajo, lerdo y perezoso,  
Con ronco son se mueve á paso tardo;  
Y en un instante súbito y furioso  
Salta sobre él con ímpetu gallardo,  
Y echándole la garra así le aprieta  
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Destá manera Rengo á Talco afierra,  
Y antes que á la defensa se prevenga  
Tan recio le apretó contra la tierra,  
Que el lomo quebrantado lo derriega:  
Viéndolo pues así lo desafierra,  
Y á su puesto esperando que otro venga  
Vuelve, dejando el campo con tal hecho  
De su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía  
Que á contrastar al bárbaro se atreva,  
Y así, porque la noche ya venia,  
Se difirió la comenzada prueba  
Hasta que el carro del siguiente día  
Alegrase los campos con luz nueva;  
Sonando luego varios instrumentos,  
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro día, saliendo de su tienda,  
El hijo de Leocán acompañado,  
Al cercado lugar de la contienda  
Con altos instrumentos fué llevado:  
Rengo porque su fama mas se estiende,  
Dando una vuelta en torno del cercado  
Entró dentro con una bella muestra,  
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto  
Sin que nadie la plaza le pisase,  
Que no se vió soldado tan dispuesto  
Que viéndole el lugar vacío ocupase,  
Pero ya Leucoton, mirando en esto  
Que porque su valor mas se notase  
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,  
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo  
Entre el parlero vulgo se levanta  
De ver estos dos juntos, conociendo  
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:  
Leucoton la persona recogiendo  
A recibir á Rengo se adelanta,  
Que con gallardo paso se venia  
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parangon dos animosos  
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;  
Unas veces aguijan presurosos,  
Otras frenan el paso y lo detienen:  
Andan en torno y miran cautelosos,  
Y á todos los engaños se previenen;  
Pero no tardó mucho que cerraron,  
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho  
Van las últimas fuerzas apurando;  
Ya se afirman, y tienen muy estrechos,  
Ya se arrojan en torno volteando;  
Ya los izquierdos, ya los piés derechos,  
Se enclavijan y enredan, no bastando  
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte  
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,  
La fuerza uno del otro resistiendo;  
Tanto forcejan, gimen, ijadean,  
Que los miembros se van entorpeciendo:  
Tiemblan de la fatiga y titubean  
Las cansadas rodillas, no pudiendo  
Comportar el teson y furia insana,  
Que al fin era de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento  
Cubiertos los dos bárbaros andaban,  
Y del fogoso y recio movimiento  
Roncos los pechos dentro resonaban;  
Ellos siempre con más encendimiento,  
Sacando nuevas fuerzas, procuraban  
Llegar la empresa al cabo comenzada  
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida  
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;  
Ambos jóvenes son de edad florida,  
Iguales en la fuerza y ejercicio;  
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,  
Y el hado que hasta allí le fué propicio,  
Hicieron que perdiese á su despecho  
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo acia el un lado  
Engaste de un guijarro, y nuevamente  
Estaba de su encaje levantado  
Por el concurso y huella de la gente;  
Desto el cansado Rengo no avisado  
Metió el pié dentro, y desgraciadamente  
Cual cae de la segur herido el pino  
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto  
Resurte arriba del macizo suelo,  
Ni el águila que al robo cala de alto  
Sube en el aire con tan recio vuelo,  
Como de corrimiento el seso falto  
Rengo rabioso amenazando al cielo  
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,  
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido  
Por el furioso Alcides derribado,  
Que de la tierra madre recogido  
Cobraba fuerza y ánimo doblado,  
Así el airado Rengo embravecido,  
Que apenas en la arena habia tocado,  
Sobre el contrario arriba de tal suerte,  
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente  
El público lugar considerando,  
Que abrasado de fuego y rabia ardiente  
Se le fueron las fuerzas aumentando,  
Y furioso, colérico, impaciente  
De suerte á Leucoton va retirando,  
Que apenas le resiste; y el suceso  
Oireis en el siguiente canto espreso.

